

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, marzo de 1956

Núm. 1045

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988
GIJÓN

PIO XII:

Papa extraordinario

Graves son los problemas que las naciones del mundo plantean en estos últimos años. Son problemas graves, no sólo materialmente, por el peligro de la guerra que acecha de continuo, sino problemas graves espirituales que han desbordado la inteligencia del hombre y el hombre no los sabe resolver.

En medio de este caos de incertidumbres espirituales y corporales, a los que se fué por un apartamiento de Dios, que hicieron que las masas no vieran más problemas que el problema de sobrevivir, un hombre extraordinario, con clara visión, llegó al Pontificado, precisamente, cuando la catástrofe iba a comenzar.

Su fuerza moral es tan inmensa, que no puede menos de ser reconocida por todas las religiones y por aquellos que viven al

margen de la fé y de la esperanza en un mundo más allá de la muerte.

Durante la guerra, era el más hábil diplomático que conocieran aquellos años. Después de la guerra, su habilidad se manifestaba de continuo y su tácto y caridad cristiana llegaba a todas partes.

Su personalidad es tan fuerte, tan intensa, tan arrolladora, y tan necesaria en estos tiempos, que fué preciso, un milagro de Dios, para que por algún tiempo más, continué viviendo para bien del mundo entero.

Quiera Dios, que por muchos años, podamos seguir disfrutando del acierto y consejo de sus palabras, tan necesarias para todos, ya que en él vemos con asombro la asistencia de Dios para dirigir su Pontificado.

EL PRIMER SERMON

TULA terminaba su tocado; sobre la luna biselada que cubría la seda de que estaba revestida su mesatocador se veían esparcidos todos los productos que la Casa Peele anuncia en la cuarta plana de los periódicos. La elegante señora se contemplaba satisfecha como el artista al terminar su obra maestra, cuando la doncella entró diciendo:

—El señor pregunta si la señora puede recibirle.

—¡El señor!—exclamó Tula asombrada;—y rectificando el azul demasiado intenso de sus ojos, añadió:—Que pase.

Y adoptando una actitud llena de coquetería, esperó la entrada de su marido. Éste, como su consorte, había traspasado ya la mitad de su vida, y como ella, presentaba el tipo acabado de esos matrimonios mundanos tan comunes en nuestra sociedad que parecen esforzarse en sacudir el yugo con que un día la Iglesia los uniera, no habiendo entre ellos ya de común más que el nombre.

Correcto, distinguido, con cierto aire de afectada juventud, Arturo de Pradolflorido era todavía un poderoso elemento en los salones del gran mundo, en que la parte femenina guardaba

para él sus sonrisas más seductoras, así como el elemento masculino prodigaba a la hermosa Tula su más escogido repertorio de lisonjeras galanterías.

Al penetrar en el tocador de su mujer, Arturo llevaba una carta en la mano, circunstancia en que ésta no reparó al decirle con su más coqueta sonrisa y un acento en que iba envuelta una ironía y penetrante:

—¿Cómo tú por aquí? ¡Tan temprano o tan tarde!

—Sí; es más temprano de lo que acostumbro a levantarme—contestó el marido con perfecta tranquilidad y como si no comprendiera el sarcasmo que las palabras de Tula encerraban—, pero esta carta de Arturito me ha hecho madrugar... para traértela antes de que salieras a tus matinales correrías.

—Veamos qué dice ese angelón; léela tú, Arturo, que entiendes mejor esas patas de mosca.

El marido desdobló la carta que llevaba en la mano y leyó a media voz: «Padres míos muy amados: Con ésta recibirán una agradable sorpresa; el día del Sagrado Corazón, Dios mediante, predicaré por primera vez; y con la venia del reverendo Padre Su-

perior tengo la alegría de invitar a ustedes por si quieren, con su presencia, aumentar mi contento; todo se reduce a un par de horas de camino que para ustedes, en el auto, no es nada; y aun cuando en Madrid tienen proporción de oír elocuentes predicadores hemos creído que el modesto y torpe sermón de este principiante, merced a su profundo cariño, será para mis buenos padres una verdadera solemnidad.

Reciban, con un afectuoso saludo del reverendo Padre y mis Hermanos en religión, el respetuoso cariño de su hijo que desea mucho verlos,

Fr, Arturo de Jesús»

—¡Arturito predicando ya!—dijo Tula con el más sincero asombro—. ¿Pero qué edad tiene esa criatura?

—Si mi memoria no me engaña va a cumplir los treinta años—dijo Arturo, que devolvió a su esposa con una sonrisa, toda su anterior ironía.

—¡Imposible!—exclamó ésta dirigiendo una mirada de soslayo al espejo, en el que encontró la mirada burlesca de su marido que la hizo enrojecer de despecho.

—Demasiado posible, querida mía—dijo éste con un suspiro mitad serio, mitad cómico—. Hace treinta y dos años que nos casamos y parece que fué ayer.

—¡Pero qué idea le daría a ese niño de ser fraile!—dijo Tula vivamente para cambiar la conversación.

—Sí que es raro que un hijo nuestro...—observó Arturo sin dejar su tono ligero.

—Tu madre tuvo la culpa, se empeñó en educar al chico, y como era tan beata...

—Perdona, querida, que no estemos conformes en esto: mi madre me educó a mí también y jamás tuve esa vocación, bien lo sabes. Conque ¿iremos al primer sermón de Arturito?

—Sin duda; parece mal no ir, aunque me estropee un plan magnífico que tenía para mañana con la Casanova.

—A mí también, que me agua la corrida de *Pedrés y Jumillano*... Pero qué le hemos de hacer? Sólo tenemos un hijo fraile, y un primer sermón no ha de repetirse.

—¡Paciencia! Saldremos esta tarde al anochecer... Una noche en una fonda de pueblo no es muy agradable... pero pasa pronto.

Hay que sacrificarse por los hijos—dijo Arturo tomando entre sus dedos la regordeta mano de su consorte—; en virtud de eso... ¿almorzaremos hoy juntos?

—Con mucho gusto; ya que eres tan amable...

Y tocando el timbre, dijo Tula a la doncella que se presentó:

—Que pongan el cubierto del señor y que esté el auto para las seis.

II

En uno de esos templos vetustos, pero de grandes dimensiones y hermosa arquitectura, que tanto abundan en nuestros pueblos de Castilla, y cuya belleza pasa inadvertida para sus sencillos habitantes, el hecho de servir de residencia a una antigua Comunidad religiosa hacía que estuviera cuidadosamente atendido, siendo punto de reunión de las almas devotas del pueblo. Sin embargo, Tula se detuvo un poco asustada bajo la gran arcada romántica de su entrada, contemplando las grandes losas de piedra que formaban el pavimento.

—¡Berr...! ¡aquí hace frío de sepulcro!—dijo al oído de su marido, que también sintió erizarse sobre su cabeza los cuatro cabellos que a fuerza de cosméticos formaban como una leve gasa sobre su desnudez.

—No es muy confortable esto—afirmó entre dientes—. Pero tiene algo de grandioso... ¡El retablo es magnífico!

Y se ajustó el monóculo para admirarlo mejor, con el mismo aire del que entra en un museo.

Un viejo lego encendía las velas del altar mayor; el templo estaba casi lleno. Tula sintió sobre sí todas las miradas, lo que halagó su amor propio de mujer acostumbrada a la adulación.

Había vacilado en la elección de su *toilette* entre un sombrero adornado con una hermosa ave del Paraíso y la magnífica mantilla de encaje; pero como esta última sólo la lucía en los toros o en las ceremonias religiosas del Jueves o Viernes Santo, optó por ella, dejándola caer artísticamente sobre sus hombros y espaldas, sin más

sujeción que una monumental peineta de concha, destacándose a través de la blonda sus rizos de color de oro, como se destacaba, contrastando con el tono oscuro de su traje de seda, la blancura de su escote, bastante mas amplio de lo que la santidad del lugar y lo augusto del acto requerían.

Tula quería hacer efecto y lo hizo en verdad: todas las *elegantes* del pueblo sintieron a su vista como una descarga eléctrica; la boticaria miró su reloj, y como viera que faltaban aún diez minutos para la Misa, salió rápidamente del templo con dirección a su casa, a cambiar su traje por el de las grandes ceremonias.

Unas jovencitas de aspecto modesto que ostentaban sobre su pecho la medalla de Hijas de María, se apresuraron a llevar dos reclinatorios ante el brillante matrimonio.

—¡Gracias, hijitas!—dijo Tula con aire protector—; ponédnoslos aquí, frente al púlpito... Quiero ver bien al predicador: ¡es mi hijo!

—¡Usted es la madre del P. Arturo de Jesús!—dijo con admiración una viejecita—. ¡Ah, señora! Es usted bien feliz al ser madre de un santo.

—¡Oh, sí!—dijo Tula sensiblemente satisfecha, mientras su marido mordía el puño de su bastón murmurando para sí:

—Esto es muy alagüeño, pero no comprendo a quién diablos ha salido ese chico.

El órgano dejó oír sus majestuosos acordes a tiempo que la boticaria hacía su entrada en el templo vestida con todos los trapitos de cristianar, pero observando con despecho que ni su peineta era tan alta, ni su mantilla tan magnífica, ni su escote tan pronunciado como el de la forastera; y cuando ésta se arrodilló en el alto reclinatorio, no pudo menos de envidiar el deslumbrador zapato con hebilla de pedrería y la sutilísima media que parecía la propia piel de la pierna de la dama.

La ceremonia religiosa había comenzado; las voces graves y solemnes del coro, repercutiendo en las altas bóvedas, parecían derramarse en olas de mística armonía sobre las almas, llenándolas de dulce emoción. Tula, poco hecha a sentir estos goces del alma, encontraba que aquellos frailes cantaban muy bien y que si la función no se prolongaba demasiado, podía considerarse como un hermoso concierto.

Pero de pronto la música cesó, el subdiácono tomó el libro de la Epístola y fué a colocarlo en el atil; Tula requirió los impertinentes: acababa de aparecer en la entrada del presbiterio una figura dulce y austera que con la frente inclinada y paso grave y modesto, avanzó lentamente.

Los impertinentes de Tula, obstinadamente fijos en él, le recorían de pies a cabeza.

Había terminado la Epístola; el diácono, llevando en sus manos el Santo Evangelio, pedía su bendición al oficiante; el predicador avanzó a su vez y, doblando sus rodillas, inclinó aún

más su cabeza bajo la mano que trazó sobre él la señal augusta de la cruz.

Tula le seguía con mirada ávida en que el amor maternal estaba mezclado en a una curiosidad llena de asombro. ¿Era aquél su hijo? Ella le recordaba aún con su vestido marinero y sus cabellos ensortijados que caían sobre una frente nacarada como la de una niña... Ahora, aquella frente pálida, aquella cabeza tonsurada, aquella mirada modesta que en vano quería encontrar, la causaba un respeto hermano del temor.

Al dirigirse al púlpito, pasó muy cerca de ella; tan cerca, que tuvo que apartar su silla. El joven religioso no pareció verla, pero una ligera nube tiñó su frente pálida y un ligero pliegue ensombreció su entrecejo.

La dama tomó asiento sonriendo a la boticaria que la contemplaba con secreta envidia, y se volvió a mirar a Arturo, que también contemplaba a su hijo con un sentimiento indefinible, mezcla de orgullo, admiración y asombro, propio de quien contempla un espectáculo superior a su razón.

III

Cuando el joven religioso se vió en el púlpito, una especie de desvanecimiento le cegó; estrechó una contra otra sus manos humedecidas por un sudor frío mientras un nudo oprimía su garganta deteniendo en ella la voz. Abajo, aquellos centenares de ojos fijos en él, cuyas pupilas le parecían lucecitas, le deslumbraban. Miró al coro y vió en él a su Superior, acompañado de varios sacerdotes que le parecieron un tribunal formidable creyó imposible romper el silencio ante él y su mirada se volvió angustiosamente al tabernáculo.

Allí su mirada tropezó con el refulgente viril que encerraba la grandeza inmensa del autor de cielos y tierra, reducida, encerrada en una hostia por amor al hombre; bajo la mirada del Dios tres veces santo, el siervo fiel se sintió reaminado; bajo su influencia vivificadora su espíritu se irguió y con voz clara y precisa pronunció estas palabras:

Pruebe cor tuum mihi: «Dame tu corazón». Y animándose bajo el fuego divino que brotaba del Corazón eucarístico encerrado en aquel viril, la palabra del predicador fué animándose, pintando los dolores, los ultrajes, las humillaciones, las soledades que el Corazón deífico sufría en su cárcel de amor desde la que sin cesar hace este llamamiento a los frios corazones de la humanidad:—¡Dame tu corazón!

Y fué enumerando con dolorosa tristeza, con amargura profunda, las mil maneras con que la sociedad actual, degradada y pervertida por espectáculos, lecturas, modas... ofende injuria y escarnece a ese Dios todo amor, todo pureza, todo humildad.

Y su mirada, en la que el fuego del celo divino había hecho levantar el velo con que la humildad la encubriera, cayó severa y fulgurante sobre la muchedumbre que a sus pies se apiñaba.

Fué sólo un relámpago: el velo cubrió de nuevo la mirada herida de indignación y vergüenza. Tula, que sintió por primera vez sobre sí la mirada de su hijo, experimentó algo que parecía abrasarla y su mano, inconscientemente, buscó los pliegues de su flotante mantilla para velar un tanto su garganta desnuda, mientras la boticaria y la maestra de escuela cambiaban entre sí una mirada maliciosa.

La voz del predicador se había tornado dolorosa, amarga; sollozos contenidos parecían vibrar en ella, con la que lloraba el extravío de las almas, despreciando por una fútil vanidad, por un espectáculo pasajero, por un delirio de un momento el amor de un Dios. Un doloroso escalofrío oprimía las almas devotas, un temor inconsciente estremecía los corazones menos bien dispuestos. Arturo se mordía las uñas murmurando entre dientes:

—¡Demonio de muchacho!... Va a ser una lumbrera del púlpito... ¡Vaya un primer sermoncito!...

Tula, nerviosamente, recogía más y más su mantilla sin reparar en que rasgaba aquellos magníficos encajes de que se sentía tan orgullosa,

Cuando terminó el sermón y el joven predicador pasó de nuevo ante sus padres, su cabeza estaba más baja, su mirada más escondida, su frente más sombría que nunca.

Cuando hubo pasado, Tula se puso en pie nerviosamente:

—Vámonos Arturo—dijo a su marido—. Me siento mala.

Éste miró a su alrededor, vió que era imposible salir sin llamar la atención y fiel a su papel de hombre de sociedad, enemigo de cuanto pudiera ser causa de hablillas:

—Lo siento, querida—dijo friamente a su oído—. Se harían mil comentarios. Conque ten paciencia, y si tienes frío, procura abrigarte más otro día.

Y la pobre Tula tuvo que soportar pacientemente, a despecho de sus nervios, cada vez más excitados, toda la función religiosa.

—¿Entramos a dar la enhorabuena al chico?—dijo su marido al salir del templo, dando unos pasos hacia la entrada del convento.

—Ahora me es imposible—contestó Tula con tono acre—. Me siento mareadísima y quiero cambiar de traje... Esta mantilla me agobia... Vete tú y dile que no me siento bien.

—¿Podrás llegar sola a nuestro alojamiento?—preguntó no sin ironía Arturo.

Tula le dirigió una mirada investigadora, como si quisiera ver hasta el fondo de sus ojos, y no contestó.

Tula había trocado su espléndido traje por otro más modesto, aunque no menos modernista, cuando la doncella de la fonda dijo desde la puerta de su habitación:

—Ahí está el señor con el P. Arturo de Jesús.

Tula hizo un rápido movimiento para lanzarse a la puerta; pero su mirada

tropezó con un espejo y dió un paso atrás, buscando algo en derredor suyo, con que cubrir la desnudez de su pecho y brazos, porque aquella madre se avergonzó de presentarse ante su hijo como no se había avergonzado de presentarse ante su Dios.

La magnífica mantilla de encaje yacía sobre el respaldo de una silla; se envolvía en ella a manera de chal y contestó con voz trémula:

—Que pasen.

Y sonrojada como nunca se había sentido tal vez en su vida, salió a recibir a aquel hijo que le parecía un ser sobrenatural y fabuloso.

—Me dijo mi padre que estaba usted mal—dijo el joven sacerdote con voz llena de dulce interés que le pareció a Tula completamente distinta de su voz de dos horas antes—. Y me ha puesto en cuidado. ¿Se ha mareado usted en la iglesia tal vez? ¿He sido demasiado largo y pesado como principiante...?

—Has estado sublime, hijo mío... Un poco severo tal vez...—dijo Tula alentada por aquella voz cariñosa.

—¿Lo cree usted así? Pues, sin embargo, no dije cuanto venía a mis labios... ¿Sabe usted por qué? Porque estaba ante el soberano del cielo y el respeto me enmudecía. ¡Pero cuánto he sufrido...!

Tula no se atrevió a preguntar la causa de aquel sufrimiento porque en lo íntimo de su conciencia lo comprendía demasiado... Pero al día siguiente, ya devuelta a su casa, mandó llamar a la modista a la que dijo con tono que procuró hacer indiferente:

—Me va hacer un par de vestidos modestitos, Nada de escotes ni exageraciones ¿comprende? Así, como para ir a la iglesia...

Y con una sonrisa forzada añadió:

—Voy haciéndome vieja y ciertas cosas ya no me pegan...

—Si Fr. Arturo de Jesús te opera, diría que no pegan a ninguna edad...—dijo Arturo sonriendo desde la puerta.

Y cuando la modista hubo salido, añadió:

—Comeremos juntos, si no te molesto, y te dedicaré la velada.

Y como su mujer le mirara asombrada:

—¿Qué quieres, querida!—añadió con tono bromista—. Yo no tengo nada que reformar en el vestido, pero en otras cosas no puedo decir lo mismo. ¡Y no en balde he oído el primer sermón de nuestro hijo...!

—¿Hablas en serio?—preguntó Tula vacilando.

—Tan en serio como se puede hablar cuando se ha oído la voz de Dios por los labios de un hijo... Y esa voz resuena en nuestro oído cuando la vida se va acabando...—terminó Arturo con tono que tenía mucho de triste y solemne.

—¿De modo que...?

—He dado un corte a mi vida mundana. Quiero que cuando vuelva a ver a nuestro predicador éste no se avergüence de su padre, y he visto con verdadera alegría que tú tratas de que pueda mirar a su madre.

Tula miró a su marido dudando si era el mismo quien hablaba así; pero éste le tendió su mano con un movimiento tan franco, tan afectuoso, tan nuevo, que vencida por un movimiento desconocido tomó aquella mano y, apoyando su frente en el hombro de Arturo, rompió a llorar.

Y conmovido él a su vez por aquellas lágrimas, estrechó a su mujer contra su pecho y besó su frente diciendo a su oído:

—Ya que Dios nos ha dado un santo por hijo, procuremos ser dignos de él... ¿no te parece?

Tula no tuvo voz para contestar; pero al reclinar más su frente sobre el pecho de su marido sintió caer sobre ella una cosa tibia, y por primera vez después de treinta y dos años de matrimonio, sus lágrimas se confundieron.

Julia García Herreros

PLEGARIA

¡Señor!... Clamó la Iglesia cuando la enfermedad le atormentaba.
¡Conservanos su vida, porque vemos que nos es necesaria!

¡Señor!... Gemía el pobre acongojado;
¡Señor!... Decía el rico en sus plegarias.
¡Señor!... Los infantiles labios rezan, mientras los ojos, húmedos de lágrimas, dan suspiros al pecho y pena a las palabras.

La Iglesia, convertida en triste coro febril entona su oración «Pro Papa» porque al sentir que la orfandad se acerca siente vacía su alma.

¡El Señor le conserve entre nosotros, y fortifique su alma, y le libre del enemigo... ¡Qué ansia de amor sus oraciones!

¡Cómo tiembla su corazón de ansias!...
Y el enfermo, postrado en su lecho de muerte, agonizaba con la muerte del justo. Ya sus ojos con lánguidas miradas, apenas si distinguen. Ya su pecho apenas palpitaba.

Y de sus labios bendicentes, brota su oferta florecida de plegarias «Anima Christi, santificame»...

¡Y mándame ir a Ti!... A esas palabras le contesta Jesús. Abre sus ojos moribundos el Papa, y sentado, sonriente, mira en la cabecera de su cama a Jesús que viniera a consolarle y a decir que escuchara las plegarias de la Iglesia rezando su oración por el Papa.

Hermenegildo Rodríguez

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Ya está muy cerca, otra vez, el momento terrible de la tragedia del Gólgota. Momento a momento, minuto a minuto, vamos a recordar de nuevo, la gran agonía de Dios, al hacer el inmenso sacrificio de su vida por amor a los hombres.

Toda su vida habló de amor y de caridad. Llega esa última hora terrible de la Cruz, y sigue perdonando, incluso a aquellos que le rodean y le matan. Para todos quiere perdón, para todos una mirada de amor, para todos pide a su Padre, perdón... porque no saben lo que hacen.

Y lo sabe el justo, lo sabe el santo, lo sabe el hombre de extraordinarias virtudes, y porque lo sabe, vive en continua tensión de amor a su Dios, ajustada su vida a sus divinos mandamientos y llenándola de caridades y de amores para sus semejantes.

Ahí está: En la Cruz. Va a morir y sus ojos buscan en su derredor corazones y amores. Cerca está su Madre, está San Juan, algunos judíos también le contemplan con temor a los hombres que le matan, pero llenos de pena y de amor. El lee dentro de ellos y su mirada les dice muchas cosas que sólo ellos comprenden y se confortan. Es una mirada de esperanza, de alegre optimismo, de seguridad, de victoria. La vida pasa de prisa; después, viene esa otra vida que es la verdadera, la eterna, la que El ha prometido, y por la que muere voluntariamente para que la humanidad llegue a ella y se salve.

Gran valor y fuerza extraordinaria tiene la muerte de Dios en el Calvario. Su vida y su Pasión y Muerte, mucho habrán de pesar en la humanidad. El sacrificio de todo un Dios tiene que darnos la fuerza enorme de la esperanza de su gran misericordia. El, clavado en la Cruz, es el Dios de la Misericordia y del Perdón. Allí está esperando que se lo pidamos, para concedernos ese perdón y esa misericordia. ¡Qué fácil es conseguirlo! Es un verdadero juez de paz para nuestras almas. Nos ofrece su amistad, su perdón, su amor, la vida eterna, todo lo que puede colmar nuestra

felicidad, pero sólo quiere que se lo pidamos. ¡Qué juez más extraordinario: que al presentarnos ante El, arrastrados a su Tribunal por los delitos y el pecado, extiende su mano hacia nosotros para darnos el perdón y su gran misericordia. Extraordinaria bondad que nunca encontraremos en la justicia de los hombres.

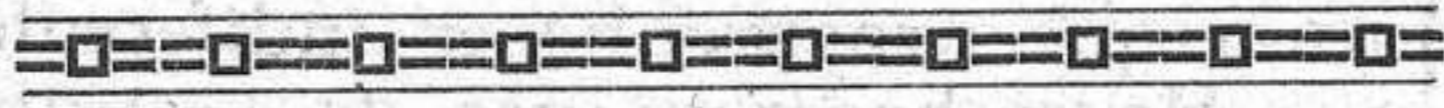
Por las calles de los pueblos de España, pasa la imagen del Dios Crucificado, como saliendo al encuentro de los que no quieren ir hasta El. No se resigna su gran amor a esperar, va en su busca, y su paso va sembrando el amor y el perdón para que todos un día lleguen a estar con El en el Paraiso.

Silencio en las calles, silencio en el templo, silencio en las ciudades. Todo parece que se ha sobrecogido, más que por la tragedia deicida, por el gran amor que irradia de la Cruz, Aquel Hombre-Dios, que la ceguera de los hombres lo hizo crucificar.

Parece que el mundo teme de nuevo una conmoción de la naturaleza al morir Jesús en lo alto de la colina del Calvario. Y teme que en ese espasmo de la naturaleza que se revela ante la muerte de su Creador, la Tierra se rompa en mil pedazos, como protesta ante la maldad del género humano.

Sin embargo, Jesús de Nazaret, sigue en la Cruz, muerto ya, pero en su expresión, llena de dulzura, parece repetir constantemente, como un eco que recogerá la historia de la humanidad para conocimiento de todas las generaciones: ¡Perdónalos Señor!...

R.



Comentando **ESDRUJULOS**

Los esdrújulos son unos vocablos muy simpáticos y melifluos. Tienen una fonética bárbara y poética, y suenan en nuestras aurículas como magnéticas voces angélicas. Son diáfanos vocablos que sirven para dar énfasis a nuestras más frenéticas frases. Por eso su uso no es superfluo y se reserva para casos de matáfora y sinécdoque de fuerte expresión.

Yo huyo de su uso estúpido porque me recuerdan a algunos impúberes imbéciles que pululan por nuestras calles. Son niños imberbes y esdrújulos, presuntuosos y fatuos, con más aire académico que científico, y que presumen de su extravagante pseudo cultura analfabética. Son esdrújulos de la vida cómoda; sílabas inéditas de la

vida, que apenas si tienen una anémica cultura, y se creen unos epicúreos y peripatéticos sabios.

Se hacen poetas, y lo enigmático y es-trambótico asoma en sus insípidas composiciones, Ni ellos, pueden ni saben nada de la extática poética, ni saben apenas gramática ni sintaxis, ni en la prosódica fonética dicen explícitamente lo más infantil de sus conocimientos, así que los conspícuos lectores se quedan impávidos, sin entender ni un ápice de sus dítirám-bicos versos.

Se hacen pintores, y los colores de su enigmática paleta, luce la máxima desnaturalización pictórica, con una mezcla enfática y cáustica de colores ásperos y áridos, y su dibujo escuálido y desmembrado, asmático y raquíto, desprovisto en absoluto de anímicas expansiones, nos conducen a la paupérrima depresión del ánimo, y al desprecio absoluto del arte.

Si se hacen filósofos, es peor. La satánica y maniática temática de la filosofía ridícula de hoy, los abstraen y se mueven en un ambiente árido, con una táctica rebuscada y amanerada, y una técnica satánica y trágica. Corifeos de una filosófica manera de pensar que se les da hecha, se esclavizan unánimes y flemáticos a la dogmática fácil y sofística que se les da prefabricada. Y así les luce el pelo.

Esdrújulos de la lingüística y de la vida, unos y otros se hacen difíciles y por muy magnánimos que nos mostremos con ellos, huimos de lo superfluo y de lo ridículo y los despreciamos olímpicos, por parecernos indignos de otra consideración. Somos ecuánimes con nuestra idiosincrasia, y nos apartamos de ellos despectivos, riéndonos de sus piruetas flemáticas de lunáticos, que se escudan solamente en su poca edad. Perdonémosles. Y perdónenme también a mí, que en este «comentario» se me haya escapado algún esdrújulo que otro.

HERO

JOYERIA-PLATERIA-BELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. Vaticano

La

Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventivo anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)